
M

arie Langer

la vejez, mi vejez

Diría que hay cuatro territorios específicos de la vejez: el deterioro progresivo de la salud, la marginación, la sexualidad negada y la muerte que se avecina. Tengo una vejez privilegiada por estar sana y no estar marginada; me enfrento con los otros dos territorios, pero con todo tengo una vejez bastante retrasada frente a mi edad.

“Lo relativo a la vejez, ya que mi interés en este momento es tal vez más lo social que lo analítico, se refiere a algo que solía comentar un colega, en Buenos Aires, que junto estaba estudiando marxismo. Decía que se había dado cuenta de que no sólo robamos, tomamos plusvalía de la clase obrera, sino también años vida. Eso, tan sencillo e indudablemente cierto, es importantísimo. En una investigación en medicina del trabajo —hecha por Sylvia Berman se vio, en entrevistas con obreros, que el obrero, la obrera, promedio de 35 años, al preguntárseles por sus planes para el futuro hablaban de los hijos y no hablaban de sí mismos. Ya habían delegado en los hijos el resto de sus vidas, mientras que una persona clase media de 35 años es todavía una persona joven, con proyectos propios. Eso demuestra cuán relativa es la vejez y cuán ligada a la clase social.

“A principios de siglo, y fines del siglo pasado, si hablabamos de clase media, una mujer de 35 años estaba en la “edad difícil”, porque ya se estaba volviendo vieja. Hoy en día, por suerte para ustedes, ya no es así. Pero en el campesinado, en el proletariado, las mujeres de esa edad pueden ya ser viejas, les faltan los dientes, tienen problemas físicos y están acabadas.

“La cuestión de la clase se manifiesta también de otra manera. Si una persona busca trabajo a los cuarenta años ya se le considera vieja, excepto si se pertenece a determinada capa social donde, al revés, ¡cuán valiosa es su experiencia!

“Los analistas —yo soy psicoanalista aunque me interesa lo social— en especial somos privilegiados en este terreno laboral. Freud trabajó hasta el final prácticamente, enfermo de cáncer vivió y trabajó hasta más allá de los ochenta años; lo mismo Melanie Klein. De todos los colegas que conozco yo soy la más vieja. Eso es una sensación rara, aislante. ¡No conozco a nadie que sea tan viejo como yo! Tengo 71 años, casi 72, y voy a trabajar hasta el final. Los analistas decimos: “Ojalá que la cabeza nos dure”, no necesitamos más.

“Un problema importante de la vejez es la marginación, y ésta depende principalmente del trabajo. La marginación a nivel del trabajo genera la dependencia, de los hijos, de los nietos, etcétera. Crea muchos problemas. No les voy a hablar de la neurosis del que se jubila porque es algo requetesabido y estudiado. Pero hablando de la mujer, la mujer que no

Fragmentos de una charla con
Marta Acevedo, Haydée Birgin y
Marta Lamas

—Mi vejez?... ¿la vejez? ¿o lo que yo puedo decir de la vejez como psicoanalista?

—¡Todo! . . . ¡bueno!

trabaja y que enviuda, tiene una dependencia terrible de los hijos y los nietos. Mi hijo mayor alguna vez me dijo: “No eres una abuela militante, como tu consuegra, sino que eres solamente una abuela simpatizante”. Yo le dije: “¡Claro que sí!, o tal vez sea un abuelo, porque yo sigo trabajando”. ¿Cuál era la función de los abuelos? Cuando yo estoy con mis nietos mayores podemos discutir sobre la existencia de Dios o les puedo explicar las ideas de Marx sobre la plusvalía. En la Argentina les enseñé a montar a caballo. Pero no voy a tejer, ¡no!, me niego totalmente a tejer, salvo un saquito para cada nieto, y a *crochet*, es decir, son seis horas de trabajo; mas no porque tema asumir el papel de la abuelita que teje, sino porque ya no sirve para mucho.

“La vejez, en la clase obrera y campesina, donde lo corporal es tan importante, es muy penosa. Más en los lugares donde no hay seguro social correspondiente; y en la mayoría de los países capitalistas obviamente no lo hay. En cambio la vejez en ciertas profesiones, donde se puede trabajar hasta el final, pierde una parte de su amargura.

“La marginalidad de los viejos se expresa también, además de lo que ya comenté sobre la situación laboral, en la intolerancia cotidiana hacia ellos: no hay espacios donde sean aceptados. “A mí me falta también el proceso de envejecimiento de las personas a mi alrededor. Yo enviudé a los 55 años y desde entonces soy mujer sola. Generalmente no he tenido ninguna conexión con gente de mi edad —ya desde Argentina; casi todas mis amistades son, por lo menos, trece, catorce años más jóvenes que yo—.

Una excepción muy especial es quien fue mi analista: Richard Sterba, con sus 84 años, es un viejo muy especial; estuvo todavía en las famosas reuniones de los miércoles de Freud. Cuando alguien me consulta por una tesis sobre la histeria del psicoanálisis le sugiero siempre que escriba a Sterba. Hace poco fui a visitarlo a él y a su mujer, mayor que él, en su casa de verano en Vermont. Salimos diario a caballo los dos y yo me sentí, de golpe, tan joven. . . era la más joven en la casa, me tocaba a mí buscar un chal, arrimar una silla. Me sentí absurdamente feliz.

“El tipo de trabajo que tenemos los psicoanalistas nos permite, además, tener poca conciencia de nuestro envejecimiento. No nos jubilamos, no hay límite —siempre que la cabeza nos dure— y en la medida que no te jubilas, sigues funcionando bien, simultáneamente sigues manteniendo tu independencia, no sólo económica, sino de intereses también.

“Yo no percibo la imagen que doy. Para mí, yo no he cambiado, siempre he sido así. En Austria mi forma de ser era un poco escandalosa, pero no mucho. En Argentina, cuando llegué, sí llamaba la atención. La manera de vivir allá era más atrasada que la que yo estaba acostumbrada a vivir en Austria.

“Yo me acuerdo que cerca de los cuarenta años, justo, sí, a los cuarenta, yo me declaré vieja y seria, pero después algo cambió. Tuve mi última hija a los 43 años y empecé muchas cosas nuevas después. En mi casa de Buenos Aires había una fotografía mía con mi marido, él de 48 años y yo de 40. Cuando yo tenía 50 años un nietito mío ve esa foto y dice: “Aquí estás con Marx, pero pareces mucho más vieja” y yo le contesté: “Claro, porque hace mucho tiempo de esta foto”. Tommy, el padre del niño, se indignó: “Por favor no me enloquezcas al chico con esas paradojas” me dijo. Pero no lo sentí paradoja. Lo sentí tal cual. Yo era más vieja a los cuarenta que a los cincuenta, y se me notaba físicamente. Eso depende del *momento vital*; en mi caso el momento en que fui más vieja fue a los cuarenta años.

“¿Cómo se me fue dando la vida cuando enviudé? Al enviudar —me di cuenta después— analíticamente hablando, enloquecí. Creo que si uno enviuda después de un largo matrimonio uno se psicotiza; no, no

estaba visiblemente psicótica; trabajaba como siempre, me movía como siempre, pero sí estaba internamente loca. Un largo matrimonio significa una intención constante —más allá de si se ama o se odia, siempre se interactúa— y cuando la pierdes de golpe te falta el interlocutor que, por cierto, lo traes adentro, pero destruido, muerto. . . hasta que te rehaces. . . y lo rehaces a él dentro tuyo. . . pasa tiempo. Yo lo he observado después en otros, observado analíticamente, y me ha servido mucho para trabajar con las personas que analizaba; aparentemente se funciona como normal, pero se está loco, es decir dislocado. Ahora bien, ya pasados los primeros seis meses, tal vez más, entonces sí, empecé una nueva vida, con realizaciones totalmente nuevas que, finalmente, me llevaron a México. Conseguí mucho en estos últimos años, cuando ya vieja debería haber terminado con la posibilidad de cambios y nuevas aperturas.

“México me costó la pérdida de mis amigos. Yo no perdí a mis amigos por vejez, sino por exilio. Pero, por otra parte, estando en México, de golpe, recuperé Europa mucho más de lo que la tenía, y conocí Centroamérica, fui a los Estados Unidos, —trabajo en la Universidad— lo que me importa mucho. México me dio mucho y, de vuelta, todo este mucho es ajeno a la vejez: tener un trabajo institucional, por ejemplo; al principio dije, en broma y con cierta amargura, “Bueno, tendré que trabajar en la UNAM durante ocho años para, finalmente, a los 72 o 73 años, ser inmigrada”. Ahora que ya estoy cerca me lo tomo de otra manera y pienso, cuando sea inmigrada seguiré nomás. A un nivel rejuvenece empezar de nuevo, aunque es duro. . .

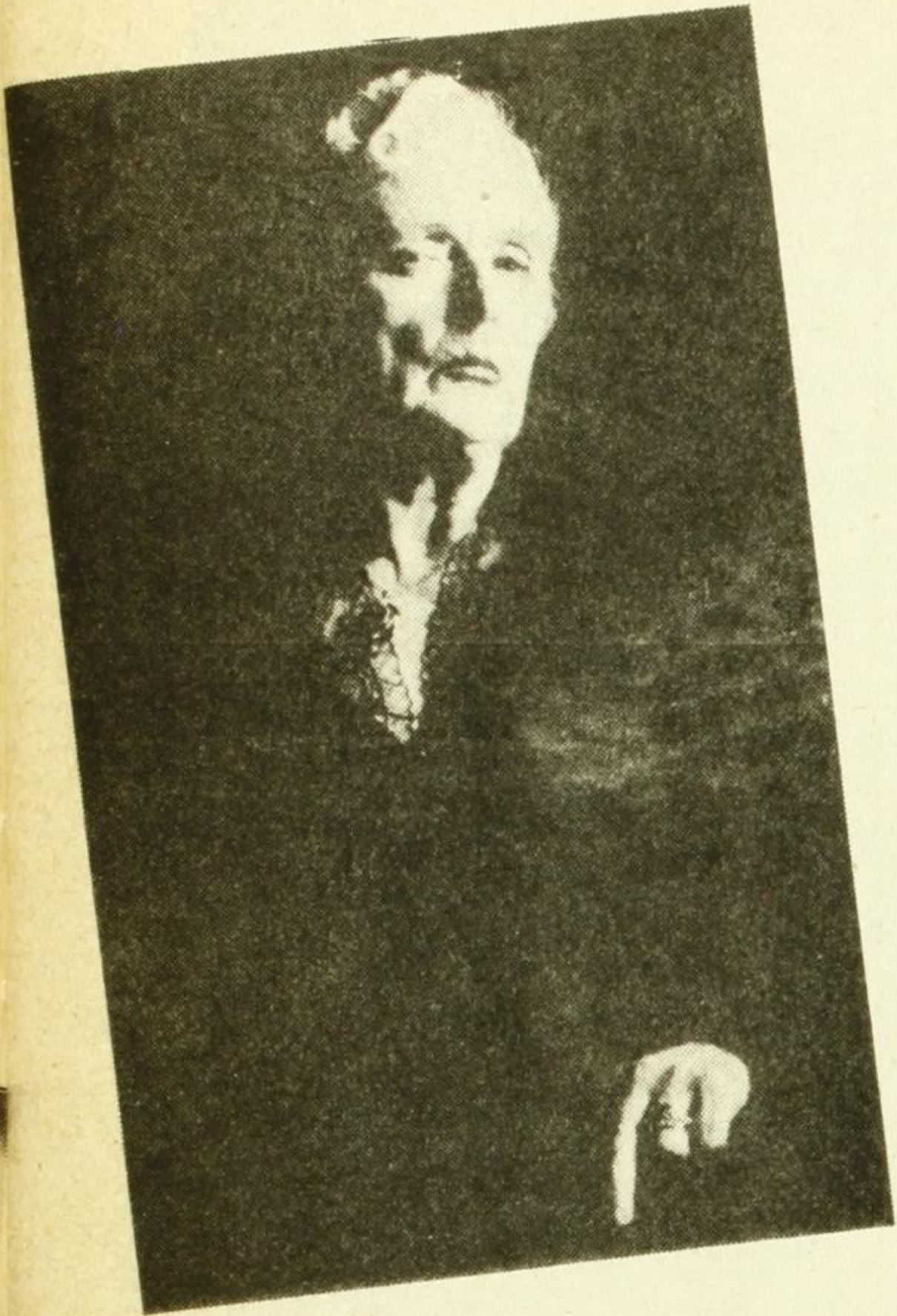
“Los otros dos territorios —sexualidad y muerte—, mmmm. . . , suenan bien juntos, sexualidad y muerte. Sexualidad. . . como ya les dije, si no hubiera tenido que irme de Buenos Aires habría sido distinto. Pero, hablando en términos generales, y esto se ha dicho mucho en estos últimos años, hay un prejuicio de la sociedad que implica una injusticia hacia los viejos, y consiste en la negación de su sexualidad. Como siempre, las mujeres tenemos la peor parte en eso. Un hombre viejo puede ser bien visto —antes no era así, antes lo consideraban viejo verde—

deseando y teniendo relaciones sexuales; una mujer vieja. . . ¡no!. Analíticamente eso es claro. La condena de la sexualidad de la mujer mayor es la realización de una antigua fantasía infantil. Los niños la expresan a veces cuando dicen a mamá: “Ya verás cuando yo sea grande y tu seas chica”. Se ha comprobado científicamente que la sexualidad nunca termina, que hasta el final tenemos deseos sexuales; necesidades, sí, menos, pero el deseo persiste.

“¿Mis padres? Mi padre murió a los 74 años, mi madre a los 83. La última tarde, horas antes de que muriera mi



padre tuvimos una larga conversación. Fue nuestra despedida. El estaba muy enfermo y yo lo fui a visitar —vivía fuera de Buenos Aires— y charlamos horas. Obviamente él sabía que se iba a morir, porque hizo algo así como una síntesis; me preguntó qué me había parecido su actitud ante tal o otro problema de mi infancia y adolescencia, hasta que yo le dije: “Debo irme porque tengo que darle el pecho a la chiquita” y el me contestó: “Bueno, andá nomás, pero entonces ¿no lo hemos hecho tan mal, verdad?”. “¡De ninguna manera lo has hecho mal” le dije y tuve que irme. Llegué a casa y me llamó mi madre para decirme que él había muerto. Tenía plena conciencia y mucha



claridad. Fue una conversación linda, linda. . . de dos, tres horas. . . donde él recapitulaba su historia. Mi historia, los errores que pudo haber cometido, la situación en la que estaba yo, nuestra relación. . .

“Con mi madre la situación es mucho más compleja. Ella murió en Viena, y yo estaba en Buenos Aires cuando ella enfermó de gravedad. Yo estaba con una fractura de fémur por una caída de caballo. No podía haber viajado, de ninguna manera. . . lo que creo, para ser totalmente sincera, que eso me alivió. Pero si hubiera estado en otra situación, hubiera ido. Mi madre, cuando enviudó, me dijo que mi padre le había dicho muchas veces: “¿Y quién te va a cuidar a tí cuando te toque?” Y ella le había contestado que iba a hacer lo que siempre le habían dicho sus institutrices cuando era chiquilla: “Voltéate hacia la pared y duérmete”, y que así se iba a morir. Y cumplió, así se murió, volteada hacia la pared, sola, pero tranquila. La encontraron muerta a la mañana siguiente.

“¿Temor a la muerte? No creo tener un temor especial. Tengo el temor de todo el mundo, o menos tal vez, porque conozco a través del análisis a las personas que intentan contrarrestar la muerte con su hipocrecía. Yo no soy hipocondriaca. Ahora, no me la puedo imaginar; me cuesta, sí, no sé como es. Freud sostiene que nadie

puede imaginarse realmente, ni creer que se va a morir.

“En Nicaragua pensé mucho sobre el tiempo. Fui dos veces a trabajar allá y la segunda vez tuve una gripa antes de ir; la primera vez estuve tensa. Bien, salí de México con la gripa sintiéndome viejísima e inútil —creo que en general uno se siente así con gripa— pero una vez allá se me desapareció totalmente. Tenía una sensación de felicidad básica todo el tiempo, más allá de cualquier tarea, hasta el momento de salir. Me dí cuenta en este segundo viaje lo que Nicaragua era para mí. Me dí cuenta de que allá no soy vieja ni joven. . . soy atemporal. . . y lo vivo como si la República Española, la vieja república,

hubiera ganado y yo estuviera colaborando en la reconstrucción. . . es. . . una continuidad. . . y al fin, y de golpe, estoy ahí. El último domingo fui a la entrega de títulos de propiedad de los campesinos, por la Reforma Agraria, estuve cuatro horas bajo el sol tropical, parte parada, parte sentada. Creo que era la más vieja de las cinco mil personas que estaban ahí, y no me cansé. ¡No me cansé! Pero era por eso, porque no era yo, sino la que hubiera sido. . . ¡para qué hablamos de la vejez! allá ya no soy vieja ni joven. . .

“¿Qué por qué la gente no me ve vieja? Creo que tiene que ver con el contacto con los demás, con la productividad. Si la gente no te trata





como vieja, no te ve vieja. Si la gente me llama no es para tomar el té con una viejita a la que hay que distraer, sino para que les recomiende un analista, para que opine sobre un tema de tesis, etc. Como la causa del contacto no es de cortesía con una persona vieja, no me ven vieja, ni me siento tal, mientras que las atiendo. Claro, ser analista ayuda. Tengo mucho contacto con mujeres jóvenes y conozco su problemática; estoy en vinculación con mis hijos jóvenes —yo soy una madre muy vieja— y no me es ajeno lo que les pasa.

“Yo me rebelé contra la moral de mi época cuando era chica, y esta rebelión es válida para hoy día también. Me es natural que la mujer luche por la despenalización del aborto, eso lo oí desde chiquita; me es natural, aunque en mi casa no lo era, que la mujer pueda tener relaciones sexuales como el hombre. . .

“Cuando tuve a mi hija menor, Verónica, lamenté ser madre vieja durante el embarazo. Me dio vergüenza mi panza. Yo encanecí muy tempranamente y pensaba: “¡Uf! si la gente me ve en la calle van a pensar que tengo un tumor”. ¡Me dio vergüenza! Pero una vez nacida Verónica, ya no. Además a Tommy, el mayor, lo tuve a los 29 años. A los 36 fui a una fiesta en su colegio y Tommy me dijo después: “Mamá me dio vergüenza”, “¿Por qué?” le pregunté, “Por tener una mamá tan vieja, tienes el pelo blanco” ¿Ven? de vuelta la contradicción de la vejez, a los 36 años era una madre vieja, a los 43 no lo era más.

“Cómo vive una su cuerpo tiene que ver con muchas cosas, y eso ha cambiado con los años, con la historia. La vergüenza ante el cuerpo viejo de la mujer ha sido una constante, pero está cambiando.

“Cuando la mujer cambie su imagen corporal, la sexualidad va a prolongarse para ella. No es que no sea larga, sino que no la asume hasta el final. La sexualidad es de toda la vida. Fischer, quien hizo estudios fisiológicos sobre los sueños (frecuencias, etc), lo demostró experimentalmente. Colocaba en niños, jóvenes, hombres y viejos un aparato que medía las erecciones (obviamente es más fácil medir la excitación sexual en hombres que en mujeres) y comprobó que Freud tenía razón, que los sueños son eróticos. Hasta en los hombres de más de ochenta años el “erecciónómetro” daba señales de vida, aunque menos intensas. Para las mujeres lo mismo es válido. Ahora bien, como necesidad, la sexualidad va bajando poco a poco, eso es cierto. Aunque también es un problema de tipo social. ¿Por qué baja? ¿Causas hormonales, o porque

ya no hay con quién? ¿Porque lo sociológico influye en lo psicológico y éste en lo hormonal? Socialmente no es aceptado. En Europa hay una actitud diferente frente al cuerpo y la sexualidad. La gente envejece muchísimo más tarde de lo que envejece en nuestros países. Y eso sin que las mujeres se hagan ningún tipo de operaciones, como sucede en los Estados Unidos.

“¿El lifting?” Yo me lo hice cerca de los 60. Expliqué a mis hijos que me deprimía cada mañana, al ver mi cara en el espejo. Por eso había decidido “arreglarla”.

“Sobre la relación de la mujer con el espejo se podría decir mucho. La perplejidad y la tristeza al mirarse al espejo, el no reconocimiento del todo, porque internamente uno se queda más o menos como ha estado, y externamente cambia. Es muy desconcertante y nada agradable.

“¿No han visto alguna vez a una linda adolescente con expresión desolada, mirándose fijamente en el espejo? “¿Qué te pasa?” le preguntas. “Estoy horrible” te dice. Pero la misma chica puede mirar y admirarse al día siguiente con cariño y coquetería. Freud nos dice que la mujer distribuye, debido a su falta de pene, su narcisismo sobre todo su cuerpo y cara. Eso la vuelve vanidosa y dependiente de su imagen. La explicación de Melanie Klein me convence más. Según ella, nosotras, las mujeres, con nuestros genitales escondidos en el interior del cuerpo, tenemos muchas fantasías catastróficas sobre el estado en que se encuentran. Cuando nos sentimos malas, dañinas o también castigadas por algo, —el deterioro físico, la vejez también puede vivirse así— imaginamos el interior de nuestro cuerpo como podrido, deshecho. Creo que es esto, este estado de nuestro interior, lo que pretendemos verificar, proyectándolo sobre nuestra imagen en el espejo. Junto con él comprobamos también el estado de nuestros objetos internos. ¿Están intactos o dañados? ¿Nos siguen queriendo?”

“Hablando de los objetos internos y la vejez, hay un artículo muy lindo de Melanie Klein al respecto. Trata de la vejez y la soledad y sostiene que, aunque viejos, aunque más solos, si estamos en buenas relaciones con estos objetos internos no sentimos penosa la soledad, porque estamos,

soñando, pensando, acompañados por ellos.

“Tiempo atrás fui a Cancún. Hice sola la excursión a Tulúm, y al lago de Xel-ha. En Tulúm subí y bajé la pirámide; en el lago renté un snorkel y unos anteojos y me metí a seguir los pescaditos. Entonces una mujer, mexicana, de provincia, joven, de unos 35 o 38 años, me dijo:

“Explíqueme algo, yo la he observado durante todo el día; usted subió y bajó la pirámide, buceó, no paró todo el día, y yo ya no puedo hacer nada ¿qué hace usted? ¿hace relajación, yoga, es vegetariana? ¿qué hace?, dígame”. ¿Yo qué le iba a decir? y de repente ¡me acordé! ¡KH3! Le dije “tomo kh3, una medicina de la

Dra. Aslan de Rumania, que la venden en Europa, en la Argentina, pero también en puertos libres, en Cancún hay. Hay que tomarlo desde los cuarenta y cinco años”. Yo me puse de propaganda, tipo esos anuncios de televisión; nunca lo escondo, lo digo como se lo dije a esa señora. Aunque no sólo es el kh3, tiene que ver mucho mi tipo de vida. . . , pero cómo explicar eso.

“Una última cosa sobre la vejez y la muerte. Mi madre citaba siempre una frase de Schopenhauer: “hay que vivir como si fuera para siempre o como si uno debiera morir en ese mismo instante”. Creo que tiene razón, hay que vivir así”

